

Ciencia, filosofía y control.

El pensamiento deleuziano entendido como filosofía de la ciencia menor

Fernando M. Gallego*
fernandomartingallego@yahoo.com.ar

Resumen

El objetivo del presente artículo reside en contextualizar -de una doble manera- algunos de los principales aportes realizados por G. Deleuze al ámbito de los estudios filosóficos sobre ciencia. A este fin, se intenta, en primer lugar, caracterizar el conjunto de los rasgos que permitirían colocar la propuesta filosófica deleuziana a *distancia* no sólo del discurso sobre la ciencia desarrollado en el marco de la tradición analítica contemporánea, sino también de aquel elaborado por las corrientes hermenéuticas del pensamiento continental. En segundo término, el escrito se concentra en intentar determinar la especificidad del tratamiento que la cuestión de las relaciones entre ciencia y filosofía ha recibido a lo largo de la última obra de G. Deleuze (*¿Qué es la filosofía?*) en tanto entiende que dicha especificidad parece inmunizar al pensamiento deleuziano de la ciencia ante las demandas que los dispositivos de poder contemporáneos ejercen sobre la filosofía de la ciencia.

Palabras clave: *Deleuze – epistemología- poder- creación- modulación.*

Abstract

The objective of the current article is to put in context -in a double manner- some of the main contributions made by G. Deleuze to the field of philosophical studies on science. To this end, it is intended, in first place, to characterize the set of attributes that would allow to distinguish the deleuzian philosophical proposition not only from the discourse on science developed in the framework of contemporary analytic tradition, but also from the one elaborated by the hermeneutical trends of the continental thought. In the second place, the writing focuses on trying to determinate the specificity of the treatment received by the matter of the relations between science and philosophy through the last G. Deleuze's work ("What is philosophy?") as it understands that the

*Fernando Martín Gallego es Prof. de Filosofía (UBA), docente del CBC (UBA) y becario doctoral del CONICET.

aforementioned specificity seems to immunize the deleuzian thinking of the science in view of the demands exerted by the contemporary dispositif of power on the philosophy of science.

Keywords: *Deleuze- epistemology- power- creation- modulation.*

1. La filosofía de la ciencia contemporánea tiende a distribuirse *mayoritariamente*¹ a lo largo de la línea de confrontación abierta entre dos grandes maquinarias discursivas: los discursos analíticos dirigidos principalmente a analizar y reconstruir la estructura de las teorías científicas y los hermenéuticos, fundamentalmente orientados a describir e interpretar la actividad de la ciencia en su contexto social.² Dejando a un lado el conjunto de los desarrollos realizados por cada uno de estos discursos –conjunto de desarrollos que, por lo demás, sólo ha logrado impresionar al bando que los suscitó–, la confrontación entre ambos ha tendido a mantenerse constante desde mediados del siglo pasado: mientras los hermeneutas insisten sobre la necesidad de resignificar las prácticas de la ciencia, los analíticos continúan intentando atrapar en redes proposicionales una potencia de creación que los desborda por todas partes.

Sea como fuere, la distancia que separa ambas posiciones bien puede –desde al menos dos puntos de vista– ser considerada como inexistente. En primer lugar, si se toma en cuenta la manera en que sus respectivas aproximaciones tienden a relacionarse con el producto de su trabajo. En segundo término, si se atiende a la modalidad bajo la cual estos discursos conciben su relación con la ciencia. En efecto, bajo la primera de estas perspectivas, la aparente contraposición entre las labores de descripción e interpretación de los discursos hermenéuticos y las tareas de análisis y reconstrucción de los analíticos se manifiesta como la expresión de una misma voluntad filosófica: aquella que desconoce el potencial creativo de la filosofía y se conforma con concebirla como separada de su capacidad para crear conceptos. Correlativamente, bajo el segundo punto de vista, ambas maquinarias discursivas acuerdan a la hora de determinar reflexivamente la relación que las vincula con la ciencia: los discursos hermenéuticos en tanto orientan su labor a reponer el sentido social de la actividad científica y, por tanto, a determinar el sentido de su sentido; los analíticos, en tanto insisten en su tarea de ex-

¹ Para la distinción entre, por una parte, las nociones de mayoría y minoría y, por otra, minoritario en tanto proceso y minoría en tanto estado, cfr. Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*, trad. José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-textos, 2002, pp. 291-298. "Las minorías no se distinguen de las mayorías numéricamente. Una minoría puede ser más numerosa que una mayoría. Lo que define a la mayoría es un modelo al que hay que conformarse [...] En cambio, las minorías carecen de modelo, son un devenir, un proceso. Podría decirse que nadie es mayoría. Todos de un modo u otro, estamos atrapados en algún devenir minoritario que nos arrastraría hacia vías desconocidas si nos decidiéramos a seguirlo. Cuando una minoría crea sus modelos es porque quiere convertirse en mayoría, lo que sin duda es necesario para su supervivencia o su salvación [...]. Pero su potencia procede de aquello que ha sabido crear y que se integrará en mayor o menor medida en el modelo, sin depender nunca de él." Deleuze, G., "Control y devenir", Deleuze, G., *Conversaciones*, trad. José Luis Pardo Torío, Valencia, Pre-Textos, 1996, p. 271.

² Echeverría, J., *Filosofía de la ciencia*, Madrid, Akal, 1998.

plicitar la forma lógica de sus teorías, esto es, en tanto continúan aspirando a constituir una suerte de teoría de las teorías científicas.

En este contexto, si algo difícilmente puede resultar extraño es que, a lo largo de los últimos años, la filosofía mayor de la ciencia haya dedicado poca o ninguna atención a la cuestión del concepto de ciencia. Es que el carácter de evidencia con que un siglo de confrontación entre analíticos y hermeneutas ha recubierto la cuestión, ha tendido a relegarla a la región menos importante de los varios e indiscernibles manuales de la disciplina que pueblan nuestro mercado cultural y tienen como principal consumidor los estudiantes universitarios: la introducción, prólogo o capítulo introductorio. En cierta forma, este y no otro ha sido el principal efecto del consenso oculto que hermana a los contendientes: atender a cualquier cosa menos la reapertura de la cuestión conceptual que los asocia en tanto los opone. A juzgar por este desempeño, daría la impresión que la filosofía de la ciencia ha alcanzado su madurez hace tiempo. ¿Qué otra razón permitiría explicar que hayan decidido dejar atrás la tarea de especular sobre la ciencia sino el hecho de que han encontrado un conjunto de cuestiones más importantes que atender? Si se insiste mucho en la pregunta, los analíticos seguramente responderán argumentando a favor de las horas destinadas al problema del método mientras los hermeneutas nos conminan a comprender que nunca cesaron en su intento por restituir la ciencia a su dimensión ética.

El problema es que, privada de su capacidad para explorar un concepto de ciencia, distanciada de su potencial creador, la filosofía *mayor* de la ciencia ha tendido a verse en serias dificultades para orientarse en otra dirección que no sea la de reflexionar sobre las creaciones desplegadas por el conjunto de las actividades científicas a ella asociadas y, por tanto, la de limitar su propia potencia creadora a tareas que no sean establecer un sobre-dicho o introducir un no-dicho en la ciencia.³ Y la cuestión no reside tanto en el carácter entrometido propio de esa atención a las creaciones de otros, como en el hecho de que la pura atención a creaciones exteriores -una atención que se limita ya a negar, ya a organizar deductivamente aquello que le es dado- no puede más que disponerse, desde su misma dedicación, a colaborar con ese funcionamiento que el control social contemporáneo espera de todos nosotros. Visto bajo esta luz, el problema no reside tan sólo en que ni los discursos analíticos pueden realizar su actividad de reconstrucción sin suponer la ciencia en tanto teoría representativa, ni los hermenéuticos logran desarrollar sus tareas interpretativas más que al concebir la ciencia como una actividad social a resignificar; el problema reside en que, consideradas en su conjunto, las labores reflexivas de la filosofía *mayor* de la ciencia -esas mismas labores que la constituyen bajo el modo de un discurso reflexivo "sobre" la ciencia- son realizadas antes que en el espacio de lo no-pensado, en el ámbito de la reproducción de un impensado de la ciencia apto para funcionar -bien bajo la forma de sentido común, bien bajo la modalidad de una naturaleza del pensamiento- como punto ideal de convergencia a las tareas de control social que actualmente se ejercen sobre lo científico.

³ Sobre esta asociación de la hermenéutica y la interpretación con la práctica de introducir un "no-dicho" y el análisis filosófico y la formalización con la operación de la abstraer un "sobre-dicho", cfr. Deleuze, G., *Foucault*, trad. José Vázquez Pérez, Barcelona, Paidós, 1987, pp. 27-48.

2. Desde mediados del siglo pasado, el principal logro de la filosofía *mayor* de la ciencia en Argentina ha sido inducirnos a creer que el conjunto de los discursos analíticos y hermenéuticos sobre ciencia son la totalidad de la filosofía de la ciencia. Un segundo logro íntimamente asociado al primero, fue el de invisibilizar institucionalmente la casi totalidad de las problematizaciones filosóficas derivadas de la tradición marxista y del pensamiento francés. Una última victoria no menos importante residió en conducir al total aislamiento a la casi totalidad de aquellos que desde sus espacios institucionales se atrevieron algunas vez a disentir con la imagen histórica y políticamente aséptica que dicha filosofía *mayor* anhelaba para sí misma.

De cualquier manera, aquello que la deformación, la invisibilización y el aislamiento -a la vez efecto y condición de la constitución de un discurso *mayor* en el ámbito de la filosofía de la ciencia- no pudieron evitar fue el retorno y la repetición de las bizarras conexiones que creía haber erradicado. A distancia de las mayorías en filosofía de la ciencia, múltiples maquinaciones minoritarias desatadas a partir de usos salvajes del marxismo y el pensamiento francés, volvieron a insinuarse entre las mallas de la red. En cierta forma, la escritura que atraviesa estas páginas es en parte el resultado de una de esas tantas maquinaciones: una maquinación que intenta conectar la obra deleuziana con aquello que podría denominarse filosofía de la ciencia.

En este contexto, las propuestas de aproximación realizadas por Deleuze a la cuestión científica tendieron poco a poco a constituirse como la posibilidad de pensar *de otra manera* no sólo el concepto de ciencia sino también la actividad de la filosofía de la ciencia y el modo de relación que la conectaba con su objeto. Tímidamente en principio, la obra de Deleuze comenzaba a presentarse como conteniendo buena parte de los elementos necesarios para asumir otros riesgos en materia de filosofía de la ciencia. Dichos elementos pueden organizarse a lo largo de tres grandes series:

- la serie de las críticas y las reformulaciones de algunos de los conceptos fundamentales de la filosofía de la ciencia que Deleuze había desarrollado a lo largo de su obra;⁴
- la serie ocasional de los encuentros suscitados entre su obra y las más diversas áreas de la creación científica;⁵
- la serie de sus especulaciones sobre el concepto de ciencia, sobre la meta-historia, la sociología, la política y la economía política de la ciencia y sobre las relaciones entre

⁴ La noción de *empirismo* en su lectura de Hume (Deleuze, G., *Empirismo y subjetividad*, trad. Hugo Acevedo, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 91-93); el concepto de *verdad* en sus escritos sobre Nietzsche (Deleuze, G., *Nietzsche y la filosofía*, trad. Carmen Artal, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 134-138 y 144-152), Spinoza (Deleuze, G., *Spinoza y el problema de la expresión*, trad. Horst Vogel, Barcelona, Muchnik, 1996, pp. 136-139) y Proust (Deleuze, G., *Proust y los signos*, trad. Francisco Monge, Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 24-27 y 154-157); la cuestión del *conocimiento* en sus obras sobre Hume (Deleuze, G., *Empirismo y subjetividad*, ed. cit., pp. 11-29), Nietzsche (Deleuze, G., *Nietzsche y la filosofía*, ed. cit., pp. 127-129 y 138-143) y Spinoza (Deleuze, G., *Spinoza y el problema de la expresión*, ed. cit., pp. 266-297 y Deleuze, G., *Spinoza: Filosofía práctica*, trad. Antonio Escohotado, Barcelona, TusQuets, 2001, p. 74-76); la noción de *saber* en su lectura de Foucault (Deleuze, G., *Foucault*, trad. José Vázquez Pérez, Barcelona, Paidós, 1987, pp. 78-82).

⁵ Por ejemplo, con el psicoanálisis (*Lógica del sentido* (LS), *Diferencia y repetición* (DR), *El Anti-Edipo*, *Capitalismo y esquizofrenia* (AE), *Mil Mesetas*, *Capitalismo y esquizofrenia* (MM)), la psicología (LS, DR), la lingüística (LS, MM); la micro-física (DR), las matemáticas (DR), la biología (DR), la economía política (AE), la ciencia política (AE, MM), la etnografía (AE, MM), las ciencias de la religión (MM), entre otras.

ciencia y filosofía, cuyo momento culminante puede localizarse en los capítulos cuarto, quinto, sexto y la conclusión de *¿Qué es la filosofía?*⁶

El primer obstáculo a esta exploración pasaba por dejar caer aquel muro que, intentando repeler lo más repulsivo de la filosofía de la ciencia anglosajona, tendía a colocar la cuestión científica al cuidado casi exclusivo de esa misma tradición analítica. El segundo, residía en abandonar sin odio el obstáculo caído, esto es, sin resignarse a reducir lo pensado en el concepto de ciencia a una suerte de epifanía del “espíritu de la técnica”. Tras estos obstáculos, la conexión entre la cuestión científica y la obra deleuziana deparaba como riesgo y como posibilidad una suerte de devenir *menor* de la filosofía de la ciencia, la oportunidad de sustraer algo de la filosofía de la ciencia a las funciones de control del producto y de la actividad científica que habían capturado la casi totalidad de la potencia creativa de los discursos analíticos y hermenéuticos sobre la ciencia. Dicho de otra manera, abría la oportunidad de ejercitar la filosofía de la ciencia en una actividad distinta de la reflexión en todo funcional al control de la actividad y los productos de la ciencia.

3. Aún así, la posibilidad de una filosofía de la ciencia ejercida más allá de su disposición hacia funciones de control social implica no sólo la crítica de su carácter reflexivo sino también la revisión de las funciones de control a las que tiende a subordinarse. El problema no es menor y no sólo porque Deleuze nunca abordó decididamente la cuestión de su determinación conceptual, sino también por los efectos que ha tenido sobre la tematización de la misma la difusión, a lo largo de estos últimos años, de la noción deleuziana de control. En efecto, si bien desde su recensión en *Imperio*,⁷ las ideas de “control” y de una “sociedad de control” no han cesado de incrementar el rango de su circulación, a partir de *Imperio* también -y salvando algunas honrosas excepciones-,⁸ esas mismas ideas tienden cada vez más a convertirse en una suerte de fetiche espectacular inútil para cualquier cosa que no sea condensar un conjunto de denuncias vacías contra el capitalismo contemporáneo. Bajo esta condición, la problemática del control tiende a quedar cada vez reducida cuando no a la mera recopilación y clasificación de los más variados usos represivos de las nuevas tecnologías de vigilancia y comunicación, bien a la denuncia banal de los efectos disolventes de las nuevas condiciones de acceso y circulación de la información, bien a la certidumbre pretendidamente fenomenológica -aunque las más de las veces llanamente empírica- del paso de un modelo de organización social a otro. De la mano de esta serie de reducciones, existe más de una razón para temer que los conceptos

⁶ Sobre la cuestión de la relación de la ciencia con el capitalismo abordada desde una perspectiva deleuziana cfr. Deleuze, G. y Guattari, F., *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. Francisco Monge, Bs. As., Paidós, 2007, pp. 377-390. Sobre las nociones de ciencia nómada, menor y excéntrica entendidas como imágenes de la actividad científica, cfr. Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*, ed.cit., pp. 368-379. Sobre el concepto de ciencia, cfr. Deleuze, G. y Guattari, F., *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 2005, especialmente el capítulo 5º (pp. 117-135) y para la cuestión de las relaciones entre ciencia y filosofía, la conclusión (pp. 202-220).

⁷ Hardt, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, trad. Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2002.

⁸ Lazzarato, M., *Políticas del acontecimiento*, trad. Pablo Esteban Rodríguez, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006.

de “control” y de “sociedad de control” pronto terminarán adquiriendo el carácter de meras referencias que se agotan en sí mismas y que poco dan a pensar más allá de la cuestión de por qué el modo de la queja raras veces está dispuesto a llegar hasta sus últimas consecuencias.

4. La lectura deleuziana que enmarca la presentación de los conceptos de control y de sociedad de control distribuye las investigaciones filosóficas de Michel Foucault a lo largo de una línea jalonada por tres grandes cuestiones -el saber, el poder y el sí mismo- de las cuales la segunda y la tercera son como invenciones orientadas a destrabar las dificultades resultantes de las problematizaciones desplegadas por sus predecesoras. Entendido de esta manera, el movimiento del pensamiento foucaultiano resulta expresado como una suerte de línea de crisis, constantemente reanudada por la potencia sus creaciones conceptuales. Así, mientras el poder se constituye como aquello que permite dar cuenta de la regularidad en la conexión entre los dos grandes polos heterogéneos del saber (*i.e.*, los enunciados y las visibilidades), el sí mismo lo hace como aquella instancia capaz de pensar la relativa exterioridad de los procesos de subjetivación frente a las instancias de normalización y, por tanto, sienta la posibilidad de concebir, a distancia del poder, la constitución de subjetividades ni dóciles ni apropiables.

De las tres cuestiones citadas, las nociones de “control” y de “sociedad de control” parecieran en principio vincularse exclusivamente con la problemática del poder, que en la indagación foucaultiana, tiende a conjugar al menos tres modificaciones con respecto de su abordaje tradicional: una modificación conceptual, una visual y una metodológica. La *modificación conceptual* reside en la posibilidad de dejar de pensar al poder como una cosa, como un bien, como una represión y comenzar a concebirlo en tanto relación, en tanto ejercicio, en tanto producción de verdad y de sujeción. La *modificación visual* pasa por abandonar su concepción a partir de la metáfora de la ley y comenzar a percibirlo en términos de tecnología. La *modificación metodológica* conlleva el desplazamiento desde la pregunta por el qué del poder a la indagación por su cómo o, mejor aún, la subordinación de las cuestiones qué y para qué a la indagación por el cómo.⁹

En la perspectiva de estas modificaciones, el poder tiende a resultar concebido como un conjunto de tecnologías que -en estrecha correlación con cierto tipo de saberes- tornan posible la disposición de las fuerzas sociales, económicas y políticas por la vía del agenciamiento de las afecciones que las vinculan entre sí. Tales tecnologías pueden ser clasificadas en tres grandes tipos: las tecnologías de legitimación destinadas a producir un cierto valor y una cierta significación en el gobierno de las afecciones (soberanía y biopoder); las tecnologías anatomo-políticas orientadas a la constitución de individuos dóciles y productivos (disciplinas); y las tecnologías bio-políticas dirigidas a la gestión de cuerpos poblacionales vivos y productivos (regulaciones).¹⁰

⁹ Foucault, M., “El sujeto y el poder”, en Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. Rogelio Paredes, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, pp. 241-259.

¹⁰ Gallego, F., “Aproximaciones a una consideración epistemológica de la regulación: Norma, conocimiento y tecnología biopolítica de saber-poder”, en Brunsteins, P. y Testa, A. (Ed.): *Conocimiento, normatividad y acción*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2007, pp. 505-510.

Atender a este triple agrupamiento de las tecnologías de poder, permite describir el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control antes que bajo el modelo de la innovación tecnológica, como una suerte de variación suscitada en la jerarquía de los tipos técnicos de poder que constituyen el diagrama capitalista de gobierno. De esta manera, si en las sociedades de disciplina el gobierno pasaba por la relativa subordinación de las tecnologías de legitimación y las bio-políticas a las anatomo-políticas, el ingreso a las sociedades de control puede ser concebido como efectuado en la promoción de las tecnologías de regulación a la parte superior de la pirámide de las tecnologías de poder. Entendida de esta forma, la sociedad de control se presenta como una variante en la jerarquía de las tecnologías de poder que constituye el diagrama de nuestras sociedades.

Aún así, la caracterización de la sociedad de control realizada exclusivamente en estos términos es aún incompleta ya que se limita a dar a conocer la modificación del diagrama sin lograr determinar las condiciones bajo las cuales se ha suscitado su variación. Es que el desplazamiento desde la cuestión del ordenamiento social a la problemática de la seguridad que le es correlativo, la modificación en la jerarquía de las tecnologías de poder-saber no es más que un síntoma capaz de testimoniar la variación suscitada entre la sociedad disciplinaria y la sociedad de control: *permite conocer la variación pero es incapaz de dar cuenta de su razón*. En efecto, ni la razón de ser de la sociedad de control reside en el interés por el aseguramiento de la vida común, ni el reemplazo de una jerarquía de las tecnologías de poder-saber por la otra permite concebir el pasaje más que como permutación abstracta. Razón de más para sostener que la cuestión de la variación del diagrama no puede encontrar su solución sin remitir la dimensión del poder a su relación con el problema del sí mismo.

5. El gobierno disciplinario encuentra la condición y el despliegue de su ejercicio en la reclusión institucional de los procesos de subjetivación y en su correlativa subordinación a operaciones de moldeado, esto es, a operaciones de información de la materia humana orientadas a constituir, cada vez, una forma definitiva. El problema reside en que -aplicada a gran escala- esta forma de gobierno de la subjetividad tiende a producir todo lo contrario de lo que pretende: un conjunto de subjetividades que no sólo se rebelan contra las condiciones de su producción sino que además resultan ser expertas en su capacidad para enfrentar a las técnicas de encierro. Es esta producción de una multitud excedente de subjetivación posicionada por fuera -esto es, en medio- de las grillas de la clasificación disciplinaria, una multitud de subjetivación que no sólo no resulta aprovechable sino que amenaza la propia existencia del gobierno disciplinario, aquello que tiende a colocar las regulaciones en un lugar privilegiado dentro de la jerarquía de las tecnologías de poder-saber.¹¹ Bajo esta nueva jerarquización, la información de la materia humana se desentiende del interés por la producción de una forma final de sujeto y a adoptar el modelo de la atribución de forma sin fin, un modelo cuyo prin-

¹¹ Hardt, M. y Negri, A., ob. cit., pp. 225-241.

cial efecto es la deformación de cualquier subjetividad y que resulta capaz de garantizar el gobierno de lo social sólo en tanto hace posible que no se constituya nada.

Remitido a la cuestión del sí mismo, el concepto deleuziano de sociedad de control expresa, por tanto, la nueva configuración que el diagrama de poder se ve forzado a adoptar bajo la presión de la generalización de la potencia de creación propia de los procesos de subjetivación y, subsecuentemente, cuando las necesidades del gobierno de lo social dejan de pasar por la producción institucional de sujetos dóciles y útiles y comienza a girar en torno a la gestión de subjetividades relativamente exteriores a los espacios institucionales. Entendido de esta forma, el lugar del concepto de “sociedad de control” en la lectura deleuziana de Foucault es el siguiente: permite precisar la cuestión de las relaciones entre el poder y el sí mismo a través de la determinación de la variación suscitada en el diagrama del poder a partir de la década de 1960. Dicho en otras palabras, permite mostrar que las investigaciones foucaultianas del poder implican no sólo una genealogía del encierro en tanto pasado reciente del gobierno disciplinario sino, por sobretodo, una cartografía del futuro próximo de nuestras sociedades, una cartografía cuyo diagnóstico es el advenimiento del control a cielo abierto.¹²

6. En tanto variante del diagrama de poder capitalista, la sociedad de control puede ser concebida como una suerte de modificación suscitada en la jerarquía de las tecnologías de poder-saber (*i.e.*, del primado de la disciplina a la primacía de la biopolítica) cuya razón reside, no en la emergencia de la cuestión de la seguridad, sino en la radicalización de los procesos de subjetivación. De cualquier manera, la caracterización del concepto de “control” aún continúa siendo problemática ya que se limita a considerar la variación suscitada en el diagrama de poder abstracta, en tanto la considera atendiendo exclusivamente a la diferencia de cantidad existente entre las diversas tecnologías de poder-saber y estructuralmente, en tanto se limita a concebirla como una serie de permutaciones suscitadas en el conjunto de las relaciones entre los diversos tipos tecnológicos. Entendida de esta manera, aquello que reclama la noción de sociedad de control es una cualificación de las cantidades en relación o, lo que es lo mismo, la determinación cualitativa de la noción de “control” en tanto sentido de la variación suscitada en el diagrama moderno de poder.

Al respecto, la parte más importante del esfuerzo destinado por Deleuze a la clarificación de esta cuestión encuentra su lugar en un conjunto de artículos tardíos destinados a completar su lectura de la obra de Foucault.¹³ En los mismos, el control es presentado como el rasgo

¹² En este contexto, el concepto deleuziano de “sociedad de control” puede ser entendido como una suerte de revisión de la noción foucaultiana de “sociedad de gobierno”, una revisión que desvincula la propuesta foucaultiana del problema post-disciplinario de la seguridad para conectarla con la cuestión de los procesos de subjetivación, dotando así de una razón suficiente al conjunto de las variaciones suscitadas en el diagrama moderno de poder y otorgando a la cuestión del aseguramiento de la vida el lugar que merece: ser un efecto y no la causa del advenimiento de la sociedad de control. Por lo demás, para una presentación sumaria de la noción foucaultiana de “gubernamentalidad” cfr. Foucault, M., *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 109-138 (Clase del 1º de febrero de 1978).

¹³ Cfr. el ya citado “Control y devenir” y “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, ambos recopilados en *Conversaciones*, trad. José Luis Pardo Torío, Valencia, Pre-Textos, 1996.

principal del diagrama post-disciplinario de poder: control es “gobierno a cielo abierto” o, lo que es lo mismo, una cualificación diagramática radicalmente heterogénea del encierro. Sea como fuere, el concepto deleuziano de control no procede de Foucault. Deleuze lo obtiene de otra fuente: William Burroughs;¹⁴ pero lo retoma para conectarlo con el conjunto de sus lecturas de Foucault y hacer del mismo el nombre expresivo de la diferencia cualitativa propia del diagrama de poder contemporáneo. Entendido de esta manera, control designa la diferencia de cualidad que viene a completar la determinación de la variación en la jerarquía de las cantidades tecnológicas del poder. Dicho en otras palabras, si en la obra de Deleuze el encierro puede ser entendido como la cualificación general del diagrama disciplinario, el control es ante todo gestión a cielo abierto de los procesos: gestión por el fin, práctica de la extorsión, *marketing*; gestión por el medio, práctica de la disolución, *manishment*; y gestión por el comienzo, práctica de la deformación, *business*.

Más que una nueva tecnología o un nuevo conjunto de tecnologías de poder-saber, el control es la cualificación de la nueva condición diagramática para cualquier desarrollo tecnológico en materia de poder-saber, una condición que orienta las tecnologías de poder-saber hacia funciones de modulación. Así, donde el encierro concibe a la vida bajo el modelo de la arcilla, de la materia que sólo puede recibir una forma final, el control lo hace bajo el arquetipo del metal, de la materia infinitamente maleable; donde el encierro implica la re-producción de lo subjetivo como mecanismo, el control conlleva la re-producción de lo subjetivo en tanto stock de materia infinitamente informable; donde el encierro supone una operación de formación coactiva de la subjetividad, el control implementa operaciones de deformación; y donde el encierro se orienta a interiorizar la compulsión y a sujetar las subjetividades a un comportamiento regular y esperable, el control se dirige a disponer las diversas regiones de un individuo unas contra otras. Desde esta perspectiva, el control de los procesos de subjetivación no pasa ni por la mera identificación ni por la fragmentación de la identidad; procede a través de una suerte de infinita atribución de identidades, que se remiten a una región común y son agenciadas en sus relaciones según el modelo de la competencia y la oposición.

7. Pero el control es mucho más que una mera aceleración del moldeado. En efecto, a distancia de las funciones de moldeado características del encierro, el control se expresa como modulación y allí donde la disciplina del encierro remitía a normas-moldes, la regulación controlatoria lo hace a normas-módulos. Entre ambas concepciones, aquello que se modifica no es otra cosa que la relación existente entre la forma y su información. Mas, como en el tratamiento deleuziano de la obra de Foucault la norma puede ser concebida como una suerte de producción de forma o, lo que es lo mismo, como una operación de información, la diferencia entre la norma del encierro disciplinario y la norma de la regulación controlatoria tiende a resultar correlativa de la distancia entre el moldeado y la modulación. Así, que

¹⁴ “Ha sido Burroughs quién pronunció la palabra [control]”. Deleuze, G., “¿Que es el acto de creación?” en Deleuze, G., *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, trad. José Luis Pardo Torío, Valencia, Pre-textos, 2005, pp. 281-289.

la norma disciplinaria del encierro implique una operación de moldeado quiere decir que su ejercicio se realiza a través de una constante información de formas finales y discretas a una vida-arcilla, y que la norma de regulación controlatoria conlleve una operación de modulación significa que se ejerce a partir de una información variable de formas continuas y difusas en una vida-metal.¹⁵ Desde esta perspectiva, si la diferencia entre la ley y la norma reside en la apertura o la clausura de la conexión política con lo abierto en la vida, la distancia entre la norma de la disciplina y la de regulación pasa por el acaecimiento de una inversión en la jerarquía establecida entre la forma entendida como lo observable en la vida y la información considerada como una operación a realizar sobre la vida: moldeado de la disciplina que orienta la información hacia una forma final; modulación de la regulación que hace de la forma algo incesantemente deformado.

8. Así, mientras el encierro conlleva una operación de moldeado orientada hacia una forma final, dirigida a lograr un gobierno definitivo, el control implica una información constante, esto es, una operación de modulación de la forma destinada a hacer posible una gestión infinita de la vida. En este contexto, la cuestión de las relaciones entre la filosofía *mayor* de la ciencia y las funciones de control pos-disciplinarias adopta la siguiente configuración: *si la filosofía mayor no hace más que disponer sus tareas concretas en pos de la re-producción de un impensado sobre la ciencia, bien sentido común, bien naturaleza originaria, ¿en qué sentido resulta posible sostener que dicha operación orientada a moldear la ciencia según una cierta forma final tiende a componerse con las funciones moduladoras del control?*

Responsabilizar a la filosofía de la ciencia de la modulación de la actividad y los productos científicos resultaría ridículo. La tendencia a la modulación es un efecto de diagrama, no de agentes singulares y menos aún de un conjunto de discursos filosóficos. Por lo demás, si fuera por la filosofía *mayor*, hace tiempo que las modulaciones hubiesen sido desterradas al infierno: nada más odioso para un discurso *mayor* que el carácter difuso de las operaciones moduladoras. En efecto, el control ejercido sobre la actividad y el producto de la ciencia no es un efecto de la intervención de la filosofía *mayor* de la ciencia. Como mucho, el control de la actividad y el producto de la ciencia es un efecto al que los discursos mayoritarios resultan incapaces de sustraerse en tanto, en el acto de desentenderse de su propia potencia de creación, no puede otra cosa más que ejecutar un conjunto de tareas informativas destinadas a alimentarlos. Por lo demás, dado que se limitan a reflexionar sobre el sentido común y la naturaleza originaria de la ciencia y que se sustraen a la tarea de explorar otro concepto para la ciencia, los discursos *mayores* de la ciencia deben conformarse necesariamente con no criticar nada. Y si acaso pretenden ofrecer una imagen de la ciencia capaz de oponerse a las operaciones de modulación, en tanto suponen la existencia de una forma final de la actividad y los productos de la ciencia, en tanto continúan otorgando de la ciencia una imagen adulta, realizada, separada del acto de creación, ese grupo de discursos que constituyen la filosofía *mayor* no hace más que contribuir a la valori-

¹⁵ Deleuze, G., "Clase XX. Música y metalurgia. 27 de febrero de 1979" en Deleuze, G., *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, trad. Equipo Editorial Cactus, Cactus, Buenos Aires, 2005, p. 374.

zación de las operaciones de control ejercidas sobre la ciencia ya que no instauran otra cosa más que el conjunto de las condiciones necesarias para poder concebir las deformaciones derivadas de la modulación como operaciones dirigidas hacia la realización del ideal científico.

9. A distancia de este desinterés por la creación de otro concepto de ciencia, alejada de esa ocupación que no sirve más que a la reproducción del más común de los sentidos y la más banal de las naturalizaciones, desentendida de este pensamiento mayor de la ciencia que no cesa a la vez de subordinarse y de apañar el control ejercido sobre la ciencia, el encuentro de la indagación deleuziana con la ciencia tiende a suscitar un devenir menor de filosofía de la ciencia, un devenir que la sustrae a su complicidad con la modulación de su actividad y su producto. Tal sustracción es como la condición negativa del pensamiento deleuziano de la ciencia, una condición que tiende a prolongarse positivamente según tres momentos que son como sus rasgos característicos.

En primer lugar, el pensamiento de Deleuze se dirige directamente a reactivar aquella pregunta que desde hace ya largos años la filosofía mayoritaria de la ciencia ha preferido relegar a la introducción de sus manuales: *¿qué es la ciencia?* Entendido de esta manera, el abordaje deleuziano de la cuestión epistemológica orienta su actividad hacia el centro de la cuestión: pensar un concepto de ciencia. Allí donde el desplazamiento operado por los discursos analíticos y hermenéuticos en las labores filosóficas desde el ámbito de la creación de conceptos hacia tareas de segundo orden tales como el análisis y la reconstrucción de teorías o la descripción y la interpretación de actividades conduce a contentarse con admirar la milagrosa armonía existente entre dichas labores y el conjunto de impensados que esas mismas tareas contribuyen a naturalizar como esencia de la ciencia, la propuesta deleuziana procede a reactivar la pregunta filosófica por lo científico bajo nuevas condiciones.

Al respecto, la pregunta filosófica por la ciencia no se enuncia en Deleuze más que vinculada a otras dos cuestiones que permiten precisarla en su formulación: una segunda pregunta de mayor potencia que opera como perspectiva de la primera (*i.e.*, ¿quién formula la pregunta por la ciencia?) y una tercera, que determina la modalidad del preguntar (*i.e.*, ¿cómo funciona la ciencia?). Bajo estas condiciones, la cuestión del concepto de ciencia ya no remite ni a un origen (*i.e.*, ¿por qué?) ni a una finalidad (*i.e.*, ¿para qué?), sino que refiere a un funcionamiento (*i.e.*, ¿cómo?) y su formulación depende antes que de la pasividad de lo pensado (la esencia naturalizada de lo científico) o de la verdad de lo conocido (el hecho científico), de la misma actividad de la ciencia. Considerada de esta forma, la pregunta por la ciencia sólo resulta necesaria en su formulación en tanto se plantea *por el medio* y desde la perspectiva del pensar entendido como actividad creadora.

10. En segundo término, la propuesta de Deleuze parte de la consideración de las actividades filosóficas y científicas en una perspectiva antes poiética que teórica –propia de los discursos analíticos sobre la ciencia- o práctica –afín a los discursos hermenéuticos-. Bajo el efecto de esta aproximación, la ciencia y la filosofía resultan entendidas más que como un conocimiento representativo o una actividad de manipulación del mundo, como una creación

y, dicho más específicamente, como disciplinas creadoras. De cualquier forma, esto no implica una negación de las dimensiones teórica y práctica de lo científico y lo filosófico. Lo que en cambio sí trae aparejado este planteamiento es que lo teórico y lo práctico sólo pueden subsistir en tanto que subordinados a la dimensión poiética: ciencia y filosofía son primero creación y sólo *derivadamente* práctica y teoría. Entendido de esta manera, el concepto de ciencia tiende a constituirse a lo largo de tres fases: en su dimensión poiética antes como una disciplina creadora que como un descubrimiento; en su dimensión teórica, como pensamiento creador y no como conocimiento representativo; en su dimensión práctica, más como una actividad de creación que como una técnica destinada a la objetivación del mundo.

Por lo demás, consideradas en tanto disciplinas creadoras, la ciencia y la filosofía difieren de la contemplación, la reflexión y la comunicación según al menos tres aspectos: son antes una actividad y una necesidad que una acción o una pasión; producen singulares en vez de universales; e implican exploración, experimentación y experiencia en lugar de dominación.¹⁶ Correlativamente, que la ciencia y la filosofía sean actividades de creación implica que no pueden ser consideradas ni contemplativa, ni reflexiva, ni comunicativamente. Los actos de creación no son contemplaciones porque la contemplación no es más que la creación mistificada que toma lo creado como dado (*contemplar es olvidar que se está creando*); no son reflexiones porque la reflexión es un movimiento secundario del pensamiento que supone a la creación como proceso (*no hay reflexión sin movimiento de creación*); y no son comunicaciones porque lo creado es siempre singular, ni opinión genérica, ni consenso ficticio (*la creación es singular, no universalizable*). Pero la contemplación, la reflexión y la comunicación no sólo difieren de la creación científica y filosófica, además la suponen. Es que contemplar, reflexionar y comunicar no es lo contrario de crear sino modalizar bajamente la creación, esto es, modalizar la creación de manera tal que esta se oculte de sí misma, que desprecie su propia potencia productiva: el objeto no es contemplado más que siendo creado, el proceso no puede ser corregido sin ser desarrollado y la imposición de palabras de orden nunca se realiza sin antes producirse.

¹⁶ Deleuze, G. y Guattari, F., *¿Qué es la filosofía?*, pp. 12-3. Esto último no quita que la filosofía no haya cesado de soñar con una forma de dominación que le es propia: la dominación espiritual. Al respecto, el despliegue de esta maquinaria de dominación implica tres ilusiones que son como los momentos "colaboracionistas" de la filosofía: en las sociedades de soberanía: la ilusión de la filosofía contemplativa, la Idea en tanto universal de la contemplación (idealismo objetivo) y el dominio de la realidad como fin; en las sociedades disciplinarias: la ilusión de la filosofía reflexiva, la razón en tanto universal de la reflexión (idealismo subjetivo) y el disciplinamiento de otras disciplinas como finalidad; y en las sociedades de control: la ilusión de la filosofía comunicacional, la información en tanto universal de la comunicación (idealismo intersubjetivo) y el dominio de los mercados y los media como objetivo. En efecto, el problema de la dominación espiritual no es algo exterior a la filosofía entendida como creación de conceptos sino una determinación constitutiva de la misma, en tanto ella deviene antes que creadora de singularidades, productora de universales espirituales de contemplación, correctivos de la reflexión o transparentes de la comunicación. Por lo demás, el carácter espiritual de la dominación filosófica no depende tanto de que produzca ideas como del hecho de que produce sus ideas como ilusiones y su actividad como dominación imaginaria (*i.e.*, ilusión de la realidad soberana, de la reflexión correcta y de la comunicación transparente, plena). En este sentido, la dominación espiritual no es más que aquella producción de conceptos que se destinada a crear las posibilidades de la contemplación soberana, de la reflexión disciplinaria y de la comunicación controlatoria, esto es, de la sumisión, la normalización y la estupidez.

11. En tercer y último lugar, en tanto rechaza la caracterización de la ciencia y de la filosofía en términos reflexivos, el pensamiento deleuziano tiende a concebir la relación de la filosofía con la ciencia antes que como un vínculo que asocia un objeto a su actividad, como el encuentro de dos actividades heterogéneas. Dicha relación toma en Deleuze el nombre de “interferencia extrínseca”,¹⁷ porque la filosofía antes que intervenir o venir al interior de la ciencia, se limita a llevar su poder de creación al medio, esto es, a la conexión que es su encuentro con la ciencia. De esta manera, donde los discursos analíticos y hermenéuticos se dirigen a enunciar la forma lógica o el sentido oculto de la ciencia -y por tanto, a hablar por otros-, el pensamiento de Deleuze se limita a crear, en sí mismo y por sus propios medios, un concepto de esa otra actividad de creación con que conecta. Bajo esta condición, allí donde la relación reflexiva desplegada por los discursos analíticos y hermenéuticos sobre la ciencia termina disponiendo la relación entre la filosofía y la ciencia bajo la forma de una intromisión reflexiva, a lo científico como un objeto controlable en tanto totalizable y a las cuestiones de segundo orden –la descripción, la interpretación, el análisis y la reconstrucción de la ciencia- en lugar de aquellas que tienden a hacerlas posibles –la producción de un cierto concepto de ciencia-, la exploración realizada por Deleuze permanece en todo exterior a la potencia científica de creación –*la interferencia es extrínseca*- de manera tal que la filosofía sólo puede conectarse con la ciencia a partir de una *verdadera* relación, esto es, según el modo de un encuentro que es antes que totalización, derivación o reducción, un entre, un contacto, un lazo que vuelve y puede volver porque retorna según una potencia de crear compartida.

Así, allí donde el desplazamiento desde la tarea de pensar un concepto de ciencia hacia labores de segundo orden termina condenando a los discursos analíticos y hermenéuticos al tedioso esfuerzo de garantizar la continuidad de esa milagrosa armonía que vincula aquello que puede ser pensado como siendo en la ciencia y aquello que su trabajo necesita que la ciencia sea, allí donde su afinidad con el control termina destinándolos a componer sus propias creaciones con las funciones de modulación de la ciencia –bien con el control de sus procesos, bien con el de sus productos-, en ese mismo lugar, la propuesta deleuziana se dedica a una tarea *menor*, una tarea abierta y privada de universalidad: crear un concepto *junto a* esa otra creación de pensamiento que es la ciencia.

Bibliografía

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. Francisco Monge, Bs. As., Paidós, 2007;

¿Qué es la filosofía?, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 2005;

Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II, trad. José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2002.

Deleuze, Gilles, *Conversaciones*, trad. José Luis Pardo Torío, Valencia, Pre-Textos, 1996;

¹⁷ Deleuze, G. y Guattari, F., *¿Qué es la filosofía?*, ed. cit., pp. 218-9.

Perspectivas Metodológicas

- Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, trad. Equipo Editorial Cactus, Cactus, Buenos Aires, 2005;
- Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, Valencia, Pre-textos, 2005;
- Empirismo y subjetividad*, trad. Hugo Acevedo, Barcelona, Gedisa, 1996;
- Foucault*, trad. José Vázquez Pérez, Barcelona, Paidós, 1987;
- Nietzsche y la filosofía*, trad. Carmen Artal, Barcelona, Anagrama, 1998;
- Proust y los signos*, trad. Francisco Monge, Barcelona, Anagrama, 1995;
- Spinoza y el problema de la expresión*, trad Horst Vogel, Barcelona. Muchnik, 1996;
- Spinoza: Filosofía práctica*, trad. Antonio Escohotado, Barcelona. TusQuets, 2001.
- Echeverría, Javier, *Filosofía de la ciencia*, Madrid, Akal, 1998.
- Foucault, Michel, “El sujeto y el poder”, Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. Rogelio Paredes, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, pp. 241-259;
- Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977 1978*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Gallego, Fernando, “Aproximaciones a una consideración epistemológica de la regulación: Norma, conocimiento y tecnología biopolítica de saber-poder”, en Brunsteins, Patricia y Testa, Ana (Ed.), *Conocimiento, normatividad y acción*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2007.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Imperio*, trad. Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Lazzarato, Mauricio, *Políticas del acontecimiento*, trad. Pablo Esteban Rodríguez, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006.